



FÁBULAS

1

Obras del autor

El Libertador de América.— Drama histórico en tres actos. Un tomo de 103 páginas.—1901.

Factores negativos.— Estudio sociológico de las causas que detienen el desarrollo del progreso argentino. Un tomo de 210 páginas.—1905.

La aptitud para la lucha por la vida.— Estudio pedagógico-social. Un tomo de 306 pág.—1909.

Sangre nueva.— Estudio pedagógico-social. Un tomo de 216 pág.—1911.

Rivadavia.— Boceto biográfico del prócer.—Un tomo de 216 pág., 2.ª edición.—1911.

La nacionalización de la instrucción primaria.— Estudio de una cuestión de actualidad. Un tomo de 104 pág.—1911.

El credo cívico.— Consideraciones sobre moral cívica y política. Un tomo de 116 páginas—1912.

La bancarrota de una civilización.— Guerra europea de 1914. Un tomo de 116 páginas—1914.

Próximo a aparecer:

Narraciones del rancho.

6
f

RAMÓN MELGAR

28.025

24

FÁBULAS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRIMERA SERIE

EL ATENEO
LIBRERIA
CRONOTIPICA Y LITERARIA
271-FUERZA-871
BUENOS AIRES

BUENOS AIRES
LIBRERÍA DE A. GARCÍA SANTOS
Moreno, 500 esq. Bolívar
1916

115 X 172

72682

Es propiedad.

I

El perro viejo y la luna

Un viejo perro de presa,
regañón y pendenciero,
que causó horror en otra época
por sus inauditos hechos,
pero que ahora, sin dientes
y flaco como esqueleto,
es la burla de los cuzcos
del arrabal de su pueblo,
roía dando gruñidos,
una noche, un triste hueso,
mientras que en lo alto Selene
ostentaba sus destellos.

De pronto, airado el canino,
con su cara de esperpento,
salió ladrando furioso,
mirando al cielo, siniestro.
—¿Por qué ladra?—preguntaron,
mofándose, unos chicuelos,
y una vieja sentenciosa
les respondió así diciendo:

—Ladra a la luna que cruza
en lo alto del firmamento,
y tan sólo porque brilla
con faz de plata en el cielo.

*Como este can, muchos hombres
de instinto malo y perverso,
ladran las reputaciones
porque brillan sin desmedro.*

II

El leñatero y el gato

Un gato muy paciente
rondaba a un chingolito,
que, alegre y descuidado,
volaba junto al nido.
El gato lo miraba
y daba unos pasitos
con mucha parsimonia,
para no hacer ruido.
Estaba casi a punto
de cazarlo aquel pillo,
cuando sintió en las ramas,
de un leñatero el grito,
y con aquella alarma
vió al gato el pajarillo,
y de ponerse en salvo
tuvo el tiempo preciso.
—Eres un indiscreto—
dijo el gato—, y te invito
a que otra vez te calles
si me ves escondido.
—No es pecar de indiscreto,
respondió el pajarillo,
si de enemigo innoble

se da oportuno aviso,
salvando a la inocencia
de inútil sacrificio.

*Merecen la alabanza
del mundo en que vivimos,
aquéllos que señalan
por bien algún peligro.*

III

La muela del juicio

Cuando las otras muelas ya crecidas
le prestaban al hombre su servicio,
apareció la muela del juicio,
y sus hermanas bien la recibieron.
Todas, muy complacidas,
entre halagos y mimos la tuvieron.
Pasó en la holganza, sin trabajo alguno
engarzada a una encía poderosa,
y llevando una vida asaz ociosa
nunca tuvo un pesar inoportuno.

Pero estando inactiva
creció débil, pequeña, desmedrada,
perdió su natural desenvoltura;
y como no hacía nada,
bien temprano una carie prematura
la hizo caer a pedazos lentamente,
siendo éste el precio que pagó por su ocio.
*No realiza jamás un buen negocio
quien vive en la molicie indiferente.*

IV

El caburé y su cohorte

Es fama que, en las selvas, cuando canta
con agrio acento el rudo caburé,
los pajarillos que allí cerca rondan
acuden presurosos en tropel.

En una rama su canción entona
cual si el monarca fuera de esa grey,
mientras la turba bulliciosa gira,
revoloteando alegre, en torno de él.
Van a rendirle su homenaje todos,
inclinándose mansos a sus pies,
y el cancionero mira indiferente
a esa turba que admira su poder.
Pero, de pronto, el más incauto llega
muy cerca de la garra de su rey,
y, echándole la zarpa, lo devora
mientras giran los otros en tropel.

*Cuando los hombres al magnate adulan
y se inclinan sumisos a sus pies,
son pasto, nada más, de sus pasiones
y escarnio irreverente de la grey.*

V

La conciencia del ñandú rengo

Por un campo casi yermo,
sin una brizna siquiera,
los ñanduces, en manada,
vagaban en una siesta,
y mirando a la distancia
una linda sementera,
pensaron darse un hartazgo
y corrieron hacia ella.

Un ñandú viejo, achacoso,
con una horrible renguera,
se quedó muy rezagado,
murmurando en voz de queja:
—No existe el compañerismo
entre esta turba perversa—.
Y miraba hacia el trugal
con una ansiedad inmensa.

Encontrando al chacarero,
creyó un caso de conciencia
decirle que en el sembrado
estaba la tropa hambrienta;
pero él seguía marchando
en dirección a la siembra.

Montó el hombre en su caballo,

saliendo a toda carrera,
y al verlo los avestruces
huyeron por una senda;
les tiró las boleadoras,
y con la mayor certeza
se enredaron en el cuello
del ñandú de la renguera.

*El que egoísta difama
sólo porque él no aprovecha,
como aquel avestruz rengo
tiene frágil la conciencia.*

VI

El bacilo y su caldo

Un bacilo de Kock, muy agresivo,
que en míseros detritus prosperaba,
orgullosa y ufano
con algunos colegas así hablaba:
—Aunque pequeño soy, en mi presencia
tiembla el género humano,
y aun el más fuerte en su arrogancia cede.
Es inútil que el hombre
pretenda doblegar mi poderío,
pues su ciencia no puede,
cuando yo actúo, moderar mi brío.
Aquí prospero y me propago... ¡Mira
como surgen mis vástagos triunfantes
en este medio que encontré propicio!
Vuelo en el aire ambiente que se aspira,
y los hombres, galantes,
siempre trabajan en mi beneficio.
En el húmedo y frío sotabanco
como en la regia alfombra,
yo vivo satisfecho y respetado:
tengo un reino muy grande conquistado,
el de la suciedad y de la sombra.
Iba a marcharse alegre

aquel bacilo, mas brilló esplendente
un sol resplandeciente
y un aire puro refrescó la tierra,
y el vil microbio que al mortal aterra
ante un rayo de luz cayó impotente.

*La sociedad a veces es culpable
que viva el miserable
infatuado del mal y marche altivo;
pues si esa sociedad, indiferente,
tolera al delincuente,
se convierte en su caldo de cultivo.*

VII

La luna y el sol

Díjole al sol la luna:

—Yo soy más bella,
porque ostento en las noches
mi faz espléndida.

Mis radiaciones
obscurecen el brillo
de muchos soles.

Repuso el sol con sorna:

—Vano es tu empeño,
porque el brillo que ostentas
es mi reflejo.

*Muchos de alcurnia,
brillan por su apellido
como la luna.*

VIII

El burro periodista

Un burro de mala rienda,
lleno de mañas, bellaco,
que jamás hizo otra cosa
sino dar siempre trabajo
a los vecinos pacíficos
que vivían por su pago,
dejó un día su pesebre
y, dándose las de sabio,
se metió orondo a una imprenta
para redactar un diario.

Naturalmente, el jumento,
que ni hacer un garabato
sabía, por la estulticia,
que es proverbial en los asnos,
rebuznó furiosamente,
y armando terrible escándalo
llamó la atención del pueblo,
dando coces a destajo.

*Periodistas como el burro,
ignorantes y malvados,
conozco algunos, que coces
sólo tiran en sus diarios.*

IX

Juancito y los zorros

Una tarde los perros
cazaron en el monte
a una zorra que siempre
entraba por la noche
y robaba a las cluecas
su muy preciada prole.
Desgarráronle el vientre
a mordiscos atroces,
y en él cuatro zorrillos
encontraron. Entonces
Juancito corrió a tiempo
y la vida salvóles.

Crecieron los zorrillos
mansos y juguetones,
y, creyendo que fueran
ya sus instintos nobles,
los dejó libre un día;
pero los muy bribones
al ver el gallinero
corrieron, y, feroces,
hicieron en un rato
su bárbara hecatombe.

*Si como los zorrillos
se lleva herencia innoble,
la educación no puede
reformular los bribones.*

X

El loro y el zorzal

Un loro criticón que había aprendido a pronunciar algunas palabrejas, sobre una rama estaba en la apostura que exige la entidad de la sapiencia.

Miraba, indiferente, a muchas aves que son la animación de la floresta, y tieso, con orgullo pretendía ser el más sabio de la comarca aquella.

Un hermoso zorzal, que alegre andaba, se posó cerca de él, y con modestia entonó sus canciones, y, al instante, para escucharlo enmudeció la selva.

El loro vanidoso, incomodado al sentirse inferior, con ira extrema díjole:—Poco valen tus canciones, pues su vulgaridad es manifiesta.

—Yo canto por placer — le dijo entonces el zorzal—, y si no es mi canción buena, canta tú, que eres sabio y a escucharte no dudes que en seguida todos vengan.

Sintiéndose halagado el fatuo loro quiso entonar una melíflua endecha,

y un coro resonó por todo el bosque
que parecía risotada inmensa.

*Algunos necios porque saben algo
a la menguada crítica se entregan,
mas si ellos tienen que exhibir sus dotes
al loro de esta fábula remedan.*

XI

La decepción del zorrino

Un zorrino se quejaba,
con amarga decepción,
porque allá, en la población,
nadie con él se juntaba.

—Yo soy bueno—se decía—,
soy cortés y soy cumplido,
pero todos, he advertido,
rehusan mi compañía.

Y hasta los perros que vejan
a la más vil alimaña,
me suelen mirar con saña,
pero se van y me dejan—.

Ignoraba, el desgraciado,
su defecto principal:
que huele bastante mal,
cosa que él nunca ha notado.

*Hombres que erran el camino
sin conocer sus defectos,
quieren pasar por perfectos
y huelen como el zorrino.*

XII

La momia y el grano

Yacía una momia en una cripta vieja
y en su rígido puño embalsamado
había un grano de trigo, allí dejado
en cumplimiento de liturgia añeja.

De los pasados siglos se refleja
en él la acción, pero después de hallado,
un labrador, a un campo preparado
con mucha precaución se va y lo deja.

Pronto la acción de la humedad propicia
hace aquel grano germinar, y crece
una espléndida mata que florece,
y Febo sus espigas acaricia.

*Si por siglos está la idea dormida
con un rayo de luz vuelve a la vida.*

XIII

La araña y el mosquito

En un arbolillo,
una araña artera,
había tendido,
con arte, su tela.
Cruzando las ramas
con toda paciencia,
prolija había hecho
fantástica estrella.
Colgada en un cable,
con indiferencia,
a merced del viento
que la balancea,
espera con ansia
su cándida presa.
Las horas pasaban
demasiado lentas,
y nadie caía
en la red aquella,
y en tanto la araña
sufría, con pena,
de su largo ayuno
la dura violencia.
Un mosquito apuesto

su trompa resuena,
y la araña entonces
se prepara atenta;
el mosquito mira
toda aquella escena
y con desconfianza
cantando se vuela.
Viendo esto la araña
que allí estaba alerta,
con acento suave
y actitud correcta
le habló de esta suerte
al de la trompeta:
—¡Oh! músico insigne,
alado poeta,
al que admira el mundo
por sus melopeas:
¿por qué de estos sitios
tan presto te alejas,
cuando tus canciones
mis horas alegran?
Aquí, en esta hamaca
de sùtiles cuerdas,
puedes tus fatigas
rendir cuando quieras,
que yo mientras tanto
si al sueño te entregas
velaré tus horas
feliz y contenta...

—Gracias—dijo el mosco—,
por tanta indulgencia,
conozco tus artes
y mañas añejas,
y en vano te afanas
con palabras necias
porque en tu red caiga
y tu almuerzo sea.
Y voló el mosquito
lejos de la tela.

*Astutos políticos
hacen mil promesas,
cuando van buscando
alguna prebenda.*

XIV

El potro desbocado

Un potro joven, de gallardo porte,
robusto y ágil, de mirada fiera,
con violencia fué atado
por un gaucho arrogante y arriesgado,
a un gran carro cargado de madera.

El potro resistía
de la mejor manera que podía:
daba fuertes relinchos, manoteaba,
se paraba en dos pies enfurecido,
y al comprender que al fin quedaba uncido,
coces tremendas sin cesar lanzaba.

Cuando ya estuvo listo
todo el arreo, empuñó el paisano
látigo formidable,
y tomando la brida, muy ufano
al carro se trepó, y fué admirable
el sereno vigor de aquella mano.

El potro creyó entonces oportuno
disparar por los campos con presteza,
y furioso, agachando la cabeza,
corrió indomable sin cuidado alguno.

Pero la ruda carga
agotaba sus fuerzas, y rendido

se dejaba caer; mas resonaba
del látigo el chasquido,
y otra vez la carrera comenzaba.

Fatigado, sangrando cien heridas,
sudoroso, la boca destrozada,
intentó poner fin a la jornada
y esquivó la obediencia de las bridas.

Corrió hacia un precipicio
y a la sima rodó, fuera de quicio.
Agil saltó el paisano y quedó ileso,
mientras que el potro, yéndose al abismo,
tuvo que soportar, sobre sí mismo,
de aquel carro cargado todo el peso.

*Cuide el novel agitador que quiera
redimirse del yugo que lo oprima,
no echarse con violencia loca encima
el peso de algún carro de madera.*

XV

El carpincho, el zorro y los perros

Un carpincho que esquivaba
de los perros el encuentro,
en su huída fué hasta el centro
de un arroyo que cruzaba.
Le dijo un zorro: —Esperaba,
por tu arrojo singular,
ver tu triunfo...—y a luchar
se volvió, más cayó pronto...

*Si se llama guapo al tonto,
suele ése hacerse matar.*

XVI

La babosa

Vivía acurrucada en una grieta
una torpe babosa,
la que, al llegar la noche, un tanto inquieta
hacía largos viajes, y afanosa
trepaba lentamente a una alhacena
donde siempre solía hacer su cena.

Una tarde notó que un rico fiambre
guardaban en su mesa preferida,
y así que obscureció salió en seguida
y trepó, estimulada por el hambre.

Su apetito, con creces,
satisfizo glotona,
y harta ya, paseaba su persona
por sobre el fiambre repetidas veces,
y cuando luego lo creyó prudente
a la grieta volvió tranquilamente.

Pero al siguiente día
notaron de su lepra repugnante
el largo surco que dejado había,
y allí en el escondrijo do vivía
caza le dieron en el mismo instante.

*Siempre una mala acción deja su huella
y ¡ay del malvado si se da con ella!*

XVII

La olla y el caldero

En el fogón, mientras ardía
la leña, con gran melindre
le dijo la olla al caldero:
—Retírate, no me tiznes!

*Quien, olvidando sus vicios,
su anormalidad no mire,
fácil es, si los ve en otros,
que aturdido los critique.*

XVIII

El alacrán y el cóndor

Arrastrándose en la arena
un repugnante alacrán,
el garfio de su ponzoña
levantaba sin cesar.

Irritado en su impotencia
sin tener a quien dañar,
sentía acrecer sus iras
con instinto criminal.

Vió a lo lejos levantarse
a un cóndor, y fiero ya
en un escondrijo oculto
lo aguardó con negro plan.
—¡Castigaré tu osadía!—
gritó en cólera el audaz,
indignado contra el cóndor
por la culpa de volar...

Pero el cóndor siguió ufano
remontando siempre más,
mientras la vil alimaña
se hundía en el arenal.

*Cuando las pasiones ruines
pretenden causar un mal,
mientras las víctimas suben
los malvados bajan más.*

XIX

El jilguero y el escarabajo

Ciego de envidia un triste escarabajo
que en la pútrida ciénaga moraba,
con mucho desparpajo
provocó a un jilguerillo que cantaba,
y de pronto, a la lucha decidido,
al pájaro atacó muy atrevido
mientras éste en una mata se posaba.

Pero dióle el jilguero un picotazo
y cayó el agresor algo maltrecho
por el fuerte porrazo,
mas se fué murmurando: —¿Qué me has hecho?...
Me rio de tu hazaña, y sin apuro
prosigo mi camino, satisfecho,
que a fuer de golpes tengo el cuerpo duro.

*Muchas personas hay de instinto bajo
que no se arredran por los golpes rudos,
porque son cascarudos
como el escarabajo.*

XX

El grillo y la cucaracha

Un filarmónico grillo
gritaba la noche entera,
creyendo sin duda que era
discretísimo cantor.

Pero su monotonía
causaba fastidio y tedio,
y nadie hallaba remedio
para acallar su canción.

Una cucaracha vieja,
muy ducha, que allí habitaba,
y a quien el canto cansaba,
así irónica le habló:

—Es notable la dulzura
de su ritmo cuando canta,
pero cuide su garganta
porque ella es todo un primor.

Engreído quedó el grillo
con aquellas alabanzas,
y concibiendo esperanzas,
para su arte, se calló.
Desde entonces en el barrio
duerme tranquila la gente,

porque el grillo seriamente
cuida no dañar la voz.

*Basta al tonto vanidoso,
que sólo el aplauso aprecia
una simple frase necia
para sentirse dichoso.*

XXI

La calandria y el reptil

Haciendo graciosos giros
volaba de rama en rama,
preludiando sus canciones,
placentera una calandria.
Con sus gorjeos divinos
a la alameda animaba,
y todos los pajarillos
se acercaban a escucharla.

Pero un reptil, que en el lodo
atisbando se arrastraba,
al oír aquel concierto
sintió en su impotencia rabia,
y con ánimo que aquellos
trinos pronto terminaran,
dió un salto y un grito horrible,
y a caer volvió a su charca.

Mientras tanto, sin mirarlo,
díjole así la calandria:
—En vano intentas alzarte
de ese lodo en que te arrastras:
sólo remontan al cielo
aquellos que tienen alas.

*Los que quieren acallar
del hombre bueno la fama,
son miserables reptiles
que en la impotencia se arrastran.*

XXII

La sariga y los cachorros

En su bolsa llevaba
una sariga cuatro pequeñuelos,
los que a veces salían de su cuna
a retozar, pero ella los guiaba
sintiendo mil temores y desvelos
por alguna sorpresa inoportuna.

Seguían un sendero
que a una granja cercana conducía,
y uno de los cachorros, imprudente,
se apartó de su guía
y la muerte encontró cerca a una fuente.

La sariga, llorosa y afligida,
a los otros les dijo, con gran tino
conduciéndolos presto a su guarida:
—*No se aparten jamás del buen camino!*

XXIII

El mamboretá y la hormiga

En místico arrobamiento
un mamboretá se hallaba,
quien largas horas pasaba
contemplando el firmamento.
Sin hacer nada en el día
vivía aquel solitario,
en actitud de anticuario
en muda filosofía.
Luchando con una miga
de un tamaño regular,
por allí quiso pasar
una laboriosa hormiga.
Y sin querer tropezó
en el místico ermitaño,
y aunque ella no le hizo daño
cumplida se disculpó.
—¡Torpe!—prorrumpió enfadado
el mamboretá iracundo—,
jamás a nadie en el mundo
a mi paso he incomodado.
Y la hormiga al temerario
dijo, oyendo sus sandeces:

—Quién trabaja, puede a veces
causar daño involuntario.

*El que haga vida de ocioso
a nadie molestará
pero su virtud será
de un ejemplo pernicioso.*

XXIV

El labrador y la vizcacha

Una vizcacha, famosa
por sus muchas correrías,
mientras estaba en su cueva
tranquilamente metida,
vió llegar a un labrador
el cual, armado de pica,
iba a destruir despiadado
sus oscuras galerías.

—Amigo—le dijo entonces—,
yo no soy mala vecina,
pues mientras otros bribones
no trabajan en su vida,
yo recojo la cosecha
que es sostén de mi familia.—

Le replicó el labrador
con cierto aire de malicia:
—Es usted trabajadora
pero duerme todo el día...
usted recoge cosecha
y no planta ni una brizna,
y mira a la luz del sol
como a su peor enemiga...
Yo, en cambio, busco mi pan

sin temor al sol que brilla,
y en el estío trabajo
igual que en la estación fría...
Y en la puerta de la cueva
hundió con fuerza la pica.

*Los que a vivir del tapete
confiadamente aspiran,
trabajan cual la vizcacha
que no planta ni una brizna.*

XXV

El mataco y los galgos

En la loma merodeaba
un mataco muy taimado,
quien, por su mala conducta,
no era querido en el pago.
Sin molestarse por nada
él vivía, sin embargo,
y ni las murmuraciones
llegaban nunca a afectarlo.

Se propusieron un día
darle una lección dos galgos,
y con tales intenciones
a la loma fueron ambos.
Tras de un matorral espeso
se escondieron a aguardarlo,
y en cuanto lo vieron cerca
rápidamente saltaron.

Viendo el peligro en que estaba
se hizo una bola el mataco,
y los dientes de los perros
en su cáscara no entraron.
Diéronle diversas vueltas,
pero él rodaba entre tanto,

y siendo su afán inútil,
de fatiga lo dejaron.

*Algunos mandrias ostentan
esa virtud del mataco:
si castigarlos se quiere
nunca hay por donde tomarlos.*

XXVI

La mosca y la langosta

En una bodega
vivía una mosca,
quien por las mañanas
buscaba las copas
y del dulce néctar
bebía unas gotas.
—¡Qué vida—decía—,
paso, tan dichosa,
sin amargas penas
que turben mis horas!
Y siempre andaba ebria
la pícara mosca.

Pero andando el tiempo,
su bella persona
antes tan activa,
se volvió achacosa;
mas ella seguía
bebiendo glotona
el vino más rico
que hallaba en las copas,
y su borrachera
se hizo entonces crónica.

Tuvo al fin desmayos,

náuseas espantosas,
mareos continuos
y otras muchas bromas,
y hasta parecía
que ya estaba loca,
porque caminaba
toda temblorosa.
Resolvió, un buen día,
llena de congoja,
llamar en su ayuda
al doctor langosta.

Acudió el galeno,
con gran ceremonia:
se puso las gafas,
auscultó a la mosca,
miró para arriba,
se paseó en la alcoba,
se oprimió las sienes
y estiró la boca,
y al cabo de un rato
dijo sin zozobra:
—¡Un toque de alarma!—
Y con parsimonia
hace la receta,
su sombrero toma,
cobra su honorario
y se va en carroza.

Comprendió la enferma
toda aquella historia,

y entonces resuelta
se dijo así a solas:
—Es un caso urgente
que deje estas copas.—
Y voló a otro sitio
donde vive ahora.

*Cuando un vicio arraiga,
con prudencia obra
quien al primer síntoma
presto lo abandona.*

XXVII

El zorro y la tórtola

En los talas frondosos, bajo cuyo ramaje la modesta violeta como alfombra se extiende, una tímida tórtola ha construido su nido y allí vive dichosa sin que nada la apene.

En las frescas mañanas ella busca el sustento de sus tiernos polluelos que la esperan alegres, y aquel nido se anima cuando se oye en las hojas el rumor de las alas de la madre que vuelve.

Levantando sus cuellos con los picos abiertos los implumes pichones en el nido aparecen, y después bajo el ala de la madre solícita se cobijan tranquilos y contentos se duermen.

Atisbando en un tronco carcomido, está un zorro, quien contempla la escena con sus ojos perennes, y arrastrándose apenas, se dirige hasta el árbol donde el nido está oculto y treparse pretende.

Pero en vano rasguña; las espinas del tala del malvado el propósito implacables detienen, y observando la tórtola al intruso alevoso, estirando su cuello le pregunta qué quiere.

—Yo, señora, venía... dice el zorro muy quedo, con el sólo propósito mi amistad a ofrecerles; porque somos vecinos, y oportuno es ahora

conocernos y luego que visiten mi albergue.

Comprendiendo la tórtola el embuste tan burdo,
—¡Te conozco—le dice—, y no caigo en tus redes!...—
y burlado así el zorro sin almuerzo ese día
a su tronco roído, con desgano se vuelve.

*El hipócrita intenta con sonoras palabras
ocultar sus propósitos reprochables y alevés,
pero queda burlado si discreta la víctima
no se cree del halago que sus frases envuelven.*

XXVIII

El arriero y la vaca empantanada

En una ciénaga impura
quiso una vaca beber,
y en busca del agua clara
al mismo medio se fué.
Bebió el abundante líquido
y pensó salir después,
pero ya hundida en el lodo
tuvo que quedarse en él.
Allí pasó largas horas
y pronto la languidez
la abatió de tal manera
que ya creyó perecer.

Pero un arriero pasaba
y ella con tono a la vez
de súplica y alegría
le dijo así: —Mire usted,
que en esta charca metida
muy pronto sucumbiré,
si un caritativo auxilio,
no me prestan de una vez.

Sintió lástima el arriero,
y con mucha intrepidez,
le tiró el lazo a la vaca

que salió al fin lo más bien.
Para recoger su prenda
se apeó de su corcel,
y a desatarle las astas
aproximóse después,
pero la vaca traidora
levantó airada su pie
y de una horrible patada
lo hizo en el suelo caer.

*Si noblemente al ingrato
se le trata de hacer bien,
responde como la vaca
dando siempre un puntapié.*

XXIX

El carancho y el cordero

Mientras tranquilo pastaba
por la pradera el rebaño,
hacía sus balanceos
por los aires un carancho.
Los instintos de su raza
son enteramente malos,
pues como bestia de garra
sólo piensa en hacer daño.

Un corderillo yacía
tendido de largo a largo,
porque una fiebre maligna
casi lo había extenuado.

Con un aire zalamero
se le aproximó el carancho,
y fingiendo condolerse
le dijo, con tono blando:
—Vengo a verte, amigo mío,
para conocer tu estado;
y si tú los ojos abres
te socorreré en el acto.

De gratitud conmovido
los ojos abrió el incauto,

y, despiadada, la bestia
se los sacó a picotazos.

*Cuando se enferma de muerte
quien en fortuna tiene algo,
amigos de esta ralea
suelen andarlo rondando.*

El gorrión y la oruga

Recorría un gorrión, por la mañana
en busca de alimento, una manzana
de tierra cultivada con esmero,
y como nada hallara de su agrado
para calmar con ello su apetito
se posó en un madero,
cabizbajo y marchito,
pensando alzar el vuelo hacia otro lado.

De pronto vió que en una rama había
un monstruo que ostentaba su armadura
muy fuerte al parecer, porque tenía
varios dardos agudos y punzantes,
y que de cuando en cuando deslumbrantes
llamas del cuerpo echaba... Con cordura
se puso a una distancia razonable
y al monstruo examinó lleno de miedo;
mas, mirándolo quedo,
comprendió que era un bicho miserable.

Se decidió a atacarlo sin temores
y en actitud hostil, muy precavido,
frente a frente se puso de la fiera;
y el monstruo ante aquel pájaro atrevido
simulando un poder irresistible,

pensaba que al mirar su aspecto horrible a atacarlo el gorrion no se atreviera.

Pero de un solo y hábil picotazo quedó maltrecho el monstruo formidable, pues su apostura no era más que un mito; y como aquel gorrion tenía apetito lo halló a su paladar muy agradable.

*Tarde o temprano la verdad su paso
se abre en las cruentas luchas de la vida,
y una actitud resuelta y definida
a la simulación lleva al fracaso.*

XXXI

La garza mora y el profesor

En una noche de otoño,
obscura y bastante fresca,
vagaba por la laguna
una garza mora hambrienta.
Buscaba en las espadañas
alguna mojarra inquieta,
pero tranquilas las aguas
no indicaban su presencia.
Vió la vislumbre de lejos
que hacía la luz eléctrica
en la ciudad más cercana,
y tuvo la mala idea
de volar hacia ese rumbo
pensando hacer buena pesca.
Pero al llegar, deslumbrada
por aquella luz intensa,
como herida por un rayo
cayó en una plazoleta.

Un profesor que allí andaba
caminando en la vereda,
en discusión, aunque muda,
con las lejanas estrellas,
pensó que era un aerolito

que descendía con fuerza ;
mas viendo que era una garza
la tomó con complacencia,
y le ofreció en su morada
una cómoda vivienda.

La garza mora extrañada
por tamaña gentileza,
no salía de su asombro
queriendo marcharse afuera ;
pero el profesor prudente
con sus cortantes tijeras,
la despojó de sus alas
dejándola luego suelta.

Al otro día el maestro
con intención santa y buena
preparó opíparo almuerzo
para obsequiar a su huésped.
Pero la garza, ofendida
por la acción de las tijeras,
miró todo aquel banquete
con estoica indiferencia.

Pasaron así tres días
sin conseguir que comiera,
y afligido el profesor
la atragantó a viva fuerza.
Pero la garza, rebelde,
vomitó cuanto le diera,
prefiriendo morir de hambre
en señal de su protesta.

Abnegado el profesor,
para que eso no ocurriera
tomó la resolución,
con encomiable paciencia,
de atarle el pico después
que comiese aquella bestia,
dejándole el alimento
hasta que lo digiriera.

El benigno profesor
salió triunfante en su empresa,
pues al cabo de unos días
la garza andaba contenta,
y al parecer, de su vida
nueva estaba satisfecha,
aunque algunos picotazos
al buen profesor le diera.

*Para hacer bien, muchas veces,
uso hay que hacer de la fuerza,
aunque luego el agraciado
ni siquiera lo agradezca.*

XXXII

La palmera y la liana

Elevando su copa graciosa
se levanta gentil la palmera,
y a su tronco adherida la liana
la ha cubierto con frondas inmensas.
—¡Mira!, ¡mira!—ésta dice orgullosa—,
cual me extendo, imponente, en la selva;
yo levanto gallarda mis brazos
saludando a ese sol que se eleva.

El rocío en mis hojas reposa,
y mi aspecto su brillo hermosea;
nadie puede vencer mi pujanza
porque en este sitio soy la reina.—

Mientras tanto la palma repuso:
—Por tu orgullo pareces muy necia;
¿no reparas en quién te sostienes?...
¡Eres sólo una planta rastrera!—

Pasó el día, la noche se vino;
desató un vendaval su violencia,
y rodó por el suelo la liana
mientras altiva quedó la palmera.

*Los que se alzan en brazos del pueblo
y a las cumbres más altas se trepan,
nunca olviden que el tronco más firme
es aquel que ese pueblo sustenta.*

XXXIII

Los dos vasos de agua

El gran Sarmiento, luchador insigne en los torneos de la democracia, fué increpado, una vez, por su conducta en los debates que libró en las cámaras.

Con gran solemnidad pidió dos vasos que le llevasen, ambos llenos de agua, y un puñado de tierra, y silencioso esperó muy tranquilo que llegaran —Ésta agua limpia, dijo, cristalina, que ostenta su pureza, hermosa y blanca, es como usted, señor, que porque es joven no ha servido en verdad aún para nada.

Y enturbiando con tierra el otro vaso dijo: —Ésta obscura, turbia, está mezclada con el limo fecundo que da vida a la inmensa riqueza de la patria.

Es la linfa que cae desde el torrente y que fué, como aquélla, limpia y clara, pero al servir regando las campiñas se entremezcló con impurezas varias.

¿Quién con justicia increpará a la linfa porque haya fecundado las comarcas?...

Así yo soy, como ese vaso turbio,
porque he servido bien siempre a mi patria.

*Puede el novel hablar de su pureza
pero no debe hacerlo con jactancia,
porque en las arduas luchas de la vida
no siempre el noble se libró de manchas.*

XXXIV

El cuzco y el terranova

Un cuzco del arrabal
viejo, flaco, derrengado,
con aspecto de un ayuno
casi consuetudinario;
con los dientes todos romos,
con un pelaje muy malo;
de andar quedo y tambaleante
y que era sólo un andrajo,
vió, con envidia, pasar
a un terranova muy guapo,
el cual siguió su camino
sin hacer ningún reparo
de la enteca catadura
de aquel pobrísimo diablo.

El cuzco se creyó entonces
que huía el otro asustado,
y con agudos ladridos
pensaba atemorizarlo.
Pero siguió el terranova
sin hacerle el menor caso,
hasta que el impertinente
se cansó al fin de ladrarlo.

*Cuando un miserable ataca
a un hombre probo y honrado,
es el más duro castigo
dejarlo solo ladrando.*

XXXV

El ciervo y el cangrejal

Un ciervo muy matrero, que vivía
cercano a un monte de frondosos talas,
que a orillas del océano existía,
vagaba cierto día
al aire alzando sus robustas galas.

—Soy el señor — pensó con arrogancia—,
de estas verdes praderas
que cumplidas me brindan su abundancia
en la amplitud inmensa sin fronteras.

Yo vivo respetado
y nadie osa turbarme en mi reposo,
porque hasta al hombre mismo lo he burlado
cuando intentó ponerme alguna treta;
observé una actitud siempre discreta
para vivir dichoso.

Olió la fresca hierba que tendida
como una vasta alfombra de esmeralda,
se extendía en la costa hasta la falda
de una montaña espléndida y florida.

Y la dejó. Veíanse a lo lejos
a través de las aguas de un torrente,
de la dorada mies rubios reflejos
que incitaban su diente.

Con un aire resuelto se encamina
hacia la mies, y el ciervo la imagina
con sabrosas espigas sazonadas,
y obsesionado por tan bella idea
pierde la senda y hunde sus pisadas
en un terrible cangrejal... En vano
con loco afán el ciervo manotea
para salir; más se hunde a cada instante;
y al fin su cornamenta rozagante
tan sólo queda a flor de aquel pantano.

*Aquellos que por vicio o ignorancia,
guiados por su ambición, el paso erraron,
y que quieren después con petulancia
huir del lodazal al que rodaron,
sin salir del pantano
todo afán por salvarse será vano!*

XXXVI

El genio y la perseverancia

Erguido estaba el cerro de Monte Hermoso mirando del océano las tempestades, y en aquella llanura, como un coloso, recordaba la historia de mil edades.

—Yo escondo en mis entrañas — se dijo a solas—, la historia de una etapa desconocida; hasta mis pies llegaron aquellas olas trayéndome a mis faldas germen de vida.

Un genio vendrá un día quien, como un gnomo, desgarrará mi seno con su piqueta. para obtener el “filum” del “sapiens homo” descubriendo su cuna siempre secreta.—

Calló el cerro, y las olas con sus rumores parecían clarines... ¡los de la fama! se inclinaron graciosas todas las flores y un hombre dijo al cerro: —Dí: ¿quién me llama?

No respondióle nadie. Miró la tierra, y examinó las rocas de gozo lleno: —El tesoro que busco, dijo, se encierra en las profundas capas de este terreno.—

Cavó entonces con brío, mirando atento, la arena que el secreto cree que atesora; y una luz diamantina brilló un momento

cual anunciando al mundo la nueva aurora.

—¡He aquí el fósil! — dijo, ya iluminada su faz, tras la tarea ruda e ingrata—.

Demostrar puedo al mundo, documentada, la antigüedad del hombre aquí en el Plata.—

Sopló una suave brisa, y el Monte Hermoso comprendió de aquel hombre su gran destino, y le dijo a las olas: —Ved al coloso que va a escalar la gloria: ¡Es Ameghino!

Y el genio sus teorías con arrogancia planteó y sus hipótesis trascendentales. Luchando por la ciencia, con la constancia, se levantó a las cumbres entre inmortales.

*El genio surge y marcha por un camino
que lo lleva a la gloria derechamente;
pero hace la constancia, de un peregrino,
un inmortal que brilla constantemente.*

XXXVII

El guanaco y el buey

En la anchurosa pampa,
cubierta de verdura,
el guanaco vivía satisfecho,
sin que nada coartara su albedrío.
Vagaba a la ventura
de un extremo hasta el otro sin hastío.
En el fresco arroyuelo,
en las ardientes horas de la siesta,
apagaba su sed, y sin recelo
dormía blandamente en la floresta.
Aquella tierra sin confines era
pródiga en dones, todo se lo daba;
nunca una sombra obscureció su frente,
y aquel cielo esplendente
siempre sin nubes a su vista estaba.

Un día, con sorpresa,
vió llegar a un viajero corpulento,
quien tenía adornada la cabeza
con una cornamente formidable,
la que le daba aspecto respetable.
Con un paso muy lento
uncido a un débil carro obedecía
a un hombre que servíale de guía.

En el medio del campo
pararon los viajeros,
y aquella bestia corpulenta y fuerte
libre quedó, de suerte
que marcharse podía
por los prados aquellos sin linderos;
pero creció el asombro del guanaco
cuando vió que pacía
cercano a la carreta desatada,
y su curiosidad sobrecitada
quiso al fin descifrar aquel enigma
y con cautela se arrió al instante.
—¿Quién eres—díjole—pobre viajante
que en tan ingrata situación te allegas?...
Nadie podrá jamás esclavizarte
si a seguir en la huella tú te niegas.
¿Por qué ahora no intentas rebelarte
y dejas ese yugo deprimente?...
—Yo soy el buey—le respondió sonriente—,
fiel amigo del hombre;
y de mi suerte no te compadezcas,
porque aunque a ti te asombre
vivo feliz; trabajo y he venido
a tomar posesión de esta comarca:
¿ves esos campos que la vista abarca?...
Me pertenecen ya... Y dió un mugido
y siguió saboreando la verdura.
El guanaco, dudando,
pensó que aquello era una gran locura

y movido de risa siguió andando.

Pero el tiempo pasó, y aquellas tierras pronto se vieron todas cultivadas; ricas mieses crecieron a porfía y de la noche al día las campiñas quedaron transformadas.

Una noche que el buey bajo el pesebre rumiaba muy contento después de sus labores, llegó el guanaco lleno de temores y con amargo acento así le habló: —Yo vengo arrepentido para decirte adiós; parto a otra tierra; el hombre cruel me declaró la guerra y soy en estos campos un vencido... No creí tus palabras de aquel día cuando llegaste, y quise, desdeñoso, marchar tranquilo sin cuidado alguno; mientras tú trabajabas, yo vivía siguiendo mi costumbre, siempre ocioso...

Levantó el buey la vista y le dijo al guanaco de este modo:
—*Quien no trabaja amigo, pierde todo, y el que trabaja todo lo conquista.*

XXXVIII

El hornero y el tordo

En un árbol, prolijo un hornero
su vivienda de baro construída,
y mirando su obra elevarse
su canto entonaba radiante de dicha.

Con sus patas y pico amasaba
afanoso en la charca vecina,
una mezcla compacta que luego
el muro con ella del horno cubría.

Allí un tordo holgazán lo miraba
y tentado al instante de risa,
—¿Por qué tanto te afanas?—le dijo,
muy pronto esa obra veremos destruída.

Si la lluvia le cae, se derrumba,
y si no, ya verás que la arruinan
esos niños traviesos del barrio
que buscan los nidos en todas las quintas.

Yo por eso en los nidos ajenos
busco amparo para mi familia;
y soy libre después, surco el aire
y alegre recorro la inmensa campiña...

Le repuso el hornero: —El trabajo
es la ley natural de la vida:
yo me debo al amor de los míos

y a ellos consagro feliz mis fatigas.

Mucho tiempo después volvió el tordo
y fué a ver al hornero en seguida:
lo encontró con dos lindos pichones
rodeado en su nido de paz y alegría.

Lo miró largo rato y de pronto
se voló, lacerado de envidia,
y fué entonces que dijo el hornero:
—*¡Qué triste es la vida del fatuo egoísta!*

XXXIX

El cañón y el arado

Ostentando un cañón de gran calibre
su espléndido bruñido,
montado dignamente en su cureña
marchaba en dirección a la áurea enseña
que gallarda flameaba al aire libre
enarbolada por campeón fornido.

Encontró abandonado en campo raso
un viejo arado, y sin hacerle caso
por encima pasó de su mancera,
y ante el quejido que lanzó el arado
con un acento airado
le habló de esta manera:

—No intentes estorbarme mi camino,
pobre viejo comido por la herrumbre;
mira mi servidumbre,
y sabrás que yo soy el soberano
que traza su destino
al indócil y audaz género humano.

Contempla los penachos de mi hueste
que en formación me escolta; brilla el oro
galonando escuadrones;
y si me enciendo en cólera celeste,
cual fúlgido meteoro

hago temblar la tierra... Las naciones
deponen ante mí su poderío
y luego las someto a mi albedrío...

Grandes, trascendentales son mis obras;
mi imperio es invencible aquí en la tierra;
pero hoy no marchó a provocar la guerra,
sino que me dirijo a las maniobras...

Un clarín resonó; los artilleros
animaron entonces los corceles;
magníficos, soberbios y altaneros,
luciendo sus penachos y oropeles,
los escuadrones sin cesar cruzaron,
y al arado que humilde allí yacía
sobre la tierra fría,
sin mirarlo siquiera lo dejaron.

Fué la fiesta magnífica y brillante;
tronó el cañón pujante
y ensordeció la tierra su bramido;
pero al fin los soldados, que en sus pechos
sintieron entusiasmo, satisfechos
luego tornaron al hogar querido.

Pero, un día la hueste a la carrera
se dirigió febril a la frontera
arrastrando pertrechos y cañones;
un invasor el territorio hollaba,
y ante el paso que daba
opusieron sus pechos los campeones.

Otra vez el cañón tronó imponente,
y ahora se le escucha

en el sangriento campo de la lucha
donde estalla candente
sin cesar la metralla;
y allá, los hombres con ardor de fieras,
forman con los cadáveres trincheras
sin cederse ni un palmo en la batalla.

Nubes de humo cubrieron todo el cielo;
rojo se puso el suelo
con la sangre de aquellos combatientes;
roja la mies que se cayó perdida,
y hasta quedó también enrojecida
la linfa que llevaban los torrentes!

Cayeron las ciudades
abatidas al fin por los obuses;
la ruina por doquiera se veía,
cual efecto de horrendas tempestades:
y como una sarcástica ironía,
colgaban muchas cruces
de los pechos de aquellos desdichados
que quedaban por siempre abandonados.

Sonó la hora fatal de la derrota;
los invasores arrojados fueron
lejos del territorio. Sucumbieron
a miles en la ruda sacudida.
Emprendieron la huida
con desorden tremendo,
y ya la disciplina destruída
en confusión atroz fueron cayendo.

Ante la esplendidez de la victoria

se cubrieron de gloria
 las armas nacionales;
 mas reinó la miseria y muchos males
 sobre el país vinieron;
 y entonces aquel campo abandonado
 muy pocos de los hombres que se fueron
 volvieron a empuñar el viejo arado.

.....

Se hundió la reja en el profundo surco
 y se esparció la gleba exuberante
 cual visión de esperanza,
 y siguiendo adelante
 tropezó con acero formidable
 que yacía enterrado, y con pujanza
 lo consiguió extraer... Era el notable
 cañón de gran calibre que allí hundido
 después del gran combate fué perdido.

—Yaces, gigante—díjole el arado—,
 y es precaria tu suerte;
 tú fuiste por tu fuerza un potentado
 y esparciste la muerte
 sin pensar en el daño que causabas,
 y cuando tú tronabas,
 de rojo la campiña se teñía...
 Tu imperio que invencible parecía
 se ha derribado ya. Cesó la guerra
 que tu saña encendía
 y abandonado yaces infecundo...
 Yo en cambio marché a conquistar la tierra,

en noble lid y a redimir el mundo.

El cañón comprendió; lanzó una queja
y dijo, con acento lastimero:

—Vé y dile al hombre que haga de mi acero
aunque sea una reja!

XL

El bicho taladro y el almendro

En el gajo florido de un almendro
dejó un taladro el germen de su larva,
la que al cabo de un tiempo, ya crecida,
sin compasión debilitó a la rama.
Fuése después al corazón del tronco
por la voracidad encaminada,
y herida así de muerte, poco a poco,
se fué secando aquella hermosa planta,
Pero la larva que cumplir debía
la evolución completa de su raza,
en la dura madera del almendro
pereció al poco tiempo aprisionada.

*Aquéllos que aprovechan sin reparo
alguna situación, y que sin tasa
derrochan sin pensar en el futuro,
imitan la conducta de esa larva.*

XLI

La pared y la mancha

En una hermosa casa de construcción flamante que se levanta airosa, soberbia y elegante, en medio de la villa con sus limpias paredes cual si otorgara al barrio tan sólo sus mercedes, unas manos dañinas, con maldad manifiesta, en el muro trazaron una mancha funesta.

Para ocultar su aspecto, de nuevo la pintaron y creyendo perdida la mancha, se marcharon al punto los pintores, y la mansión aquella suntuosa y admirable, quedó de nuevo bella.

Pero pasando el tiempo las lluvias, que cayeron copiosas y frecuentes, a sus muros lamieron, y apareció de nuevo y en su amplitud más ancha en aquellas paredes la ya olvidada mancha.

Cien veces la borraron y otras tantas veían, que aquellos desperfectos de nuevo aparecían, hasta que acostumbrados a ver su aspecto duro la mancha quedó siempre sobre el soberbio muro.

*Las impresiones fuertes que en la niñez nos hieren,
por más que el tiempo pase, perduran y no mueren,
y si en el alma dejan un signo deleznable
al hombre de mañana lo forman miserable.*

XLII

La voz del puente

Sobre un lindo arroyuelo de agua clara
un elegante puente
sus márgenes unía,
y por él transitaba mucha gente
que a la aldea cercana concurría.

De viejos sauces las tupidas frondas
se inclinaban llorosas a las ondas
que la brisa rizaba
en la tarde serena,
y un tranquilo rebaño que pastaba
le daba animación a aquella escena.

Una noche la helada
con su manto de armiño cubrió el suelo;
la comarca quedó toda callada
y sólo se escuchaba a una cascada
murmurando en el límpido arroyuelo.

Un ladrón que en su choza tiritaba
junto al hogar sin leña, discurría,
y su imaginación iba y traía
los haces que la hoguera reclamaba.

Golpeándose la frente
cual si un invento descubierto hubiera,
marchóse de su choza a la carrera

en dirección al pintoresco puente.

Allí, sin compasión, lindos tablones reunió en un haz, y cuando ya marchaba, una voz que le hablaba lo hizo entrar en terribles desazones.

—Deja, infeliz, mis tablas — le decía esa voz misteriosa—. Oye la queja de esta buena comarca... Tú algún día te vas a arrepentir de este perjuicio. Pero el ladrón, no haciendo mayor juicio, carga los haces y después se aleja.

El puente fué cediendo en consistencia y derrumbado se hizo peligroso. En cierta noche oscura lo cruzaba el ladrón con gran prudencia, quizá reflexionando en su pavora que era aquel acto cometido odioso, cuando sintió de pronto un paroxismo cual si fuerzas extrañas lo tomaran, y como ya las piernas le flaquearan rodó a lo más profundo del abismo.

*Aquel que yendo en pos de la codicia
no obedece a la voz de la conciencia,
de su propia imprudencia
se expone ser la víctima propicia.*

XLIII

La corteza herida

Una planta de ombú joven, que era vigorosa y lozana, fué en su corteza herida una mañana en forma despiadada y de manera que quedó al descubierto su madera.

Precaria fué su suerte desde ese instante, y próxima a la muerte estuvo largo tiempo mustia y triste, cual si sintiera fúnebres congojas, hasta que un día al fin, de verdes hojas la primavera con amor la viste. Pero el profundo surco de la herida quedó siempre grabado en la corteza y a través de los años su crudeza parecía de nuevo revivida.

Así el estigma del error perdura cuando en la juventud arraiga el vicio, y lucha estéril es la que procura destruir el fanatismo y el prejuicio.

XLIV

El chajá y el tero

Oyó decir el tero cierto día,
que al chajá lo estimaba mucho el hombre
porque era centinela de valía,
que supo conquistar justo renombre
dando oportuno aviso si pasaba
algo extraño en el campo que ocupaba.

Aguijoneado el tero por la fama
del garrido chajá, sintió la llama
de la ambición que enardeció su pecho,
y con una actitud de petulante
resolvió ser activo y vigilante,
y a conquistar la gloria fué derecho.

Cada vez que encontraba una alimaña
gritaba sin cesar lleno de enfado,
corría el hombre alarmado
y siempre descubría una patraña.

Pero por su alarmismo fué aquel tero
en toda la comarca conocido
como simulador, pillo, embustero,
trivial perturbador y entrometido,
y para castigar su orgullo necio
lo miró todo el mundo con desprecio.

*Quien no tenga aptitudes
no quiera superar a otro en virtudes,
y si en la charla su esperanza fía
sólo un buen charlatán será algún día.*

XLV

El cóndor joven y el lechuzón

Un lechuzón rastrero
vivía en las malezas de un rastrojo,
y como era holgazán, algún despojo
de cuando en cuando hallaba en su sendero
que sin mayor trabajo lo atrapaba,
y con eso el bribón se alimentaba.

De la sierra cercana
bajó un cóndor pichón una mañana,
el que andaba extraviado de su nido,
y como al lechuzón allí encontrara,
muy cortés y cumplido
le pidió que la senda le indicara.

Pero éste, sin tener ningún recato,
lo trató de zopenco y mentecato,
burlándose de la peor manera,
y para completar tan noble hazaña
le indicó otro sendero en la montaña,
y el cóndor se perdió por la ladera.

Muchos días errante
anduvo el cóndor por aquellas breñas,
hasta que en la alta cumbre, en unas peñas
halló a su madre amante
que, afligida en exceso,

aguardaba con ansia su regreso.

A su madre contó lo sucedido
y le manifestó que la venganza
en su pecho con fuerza fermentaba,
y que ya alimentaba
la terrible esperanza
de hacer pagar su burla al fementido.

La madre lo miró con gran ternura
y le dijo: —Contempla esa vislumbre
diáfana, inmaculada,
que inunda aquella cúspide elevada,
y mira luego abajo
qué opaca que parece la llanura!...
Si quieres ver la luz trepa a la cumbre
y no descendas en tu vida al bajo.
Y si alguno te ofende
no debes preocuparte
en devolverle el mal. Procura alzarte
y así verás que tu ofensor descende!

XLVI

El mirasol y las gallaretas

Fué a posarse en la ribera sobre un pie, tranquilamente, contemplando de las aguas la corriente rumorosa un taimado mirasol, y allí anduvo muchos días atisbando diligente la mojarra primorosa que vencía los impulsos del turbión.

Las semanas se pasaban y allí siempre se veía en actitud de filósofo meditando al forastero, quien sin duda pretendía de aquel río caudaloso en sus márgenes espléndidas vivir. Muchas aves que a su paso lo encontraban sorprendidas a las veces lo miraban, pero nunca molestaron a aquel pájaro feliz.

Una tarde que miraba con tiesura la corriente, una ingenua gallareta lo observaba atentamente. y después de concentrada reflexión, —¡Sabio es éste!—dijo, luego convencida a contárselo a las otras va en seguida, y fué un sabio el mirasol!...

Desde entonces concurrían en bandadas las parleras gallaretas y embobadas

admiraban la actitud del sabio aquel;
aplaudían complacientes muchas veces
sus más nimias futilidades y sandeces
que encontraban de sublime exquisitez.

Tanto dieron en hablar de su sapiencia
que creyéndose un portento por su ciencia,
a ese corro de adulones
con desprecio lo trataba el mirasol;
y en diversas ocasiones
infirióle a aquella turba sus agravios,
porque es propio de los sabios
tener mala educación.

Mas, pasaron las semanas y los meses y los años,
y las obras que esperaban
de aquel sabio tan insigne que admiraban,
no surgieron a la luz,
pero todos reverentes a su paso sonreían,
porque aquella negativa idiosincrasia pretendían
que era toda una virtud.

Y allá andaba en la ribera
siempre tieso, satisfecho, muy inflado
con empaque de sapiencia el mirasol;
y la turba bullanguera
por la "pose" de aquel taimado
siempre tuvo la más grande admiración.

*Muchas veces ante un mito que han creado
el prejuicio y la ignorancia,*

*reverente todo el mundo se ha inclinado
con sumisa adulación;
las más burdas invencientes
han tenido admiradores por legiones
que alabaron sus virtudes con candor.*

XLVII

El mosquito imprudente

Con una imperturbable diligencia un mosquito a una cama custodiaba, en la que muy tranquilo reposaba un hombre, sin sentir la impertinencia malhadada, del torpe majadero, pues tenía un tupido mosquitero.

El mosquito entonaba tristes notas estimulado por el blando sueño de aquel mortal, y redobló su empeño al cerciorarse que unas mallas rotas darle entrada podían con holgura, y entró al fin bendiciendo su ventura.

—Está mi cena—murmuró el mosquito—asegurada ya. Parsimonioso sobre la frente se posó y goloso el furor reprimió de su apetito, y cuando ya harto estuvo, sin cuidado quedó dentro del tul aprisionado.

El hombre despertó y vió al intruso rojo el henchido vientre, satisfecho; y exasperada su ira por tal hecho a tomar la revancha se dispuso.

Con mucha prontitud dió una palmada
y quedó aquella bestia reventada.

*La pasión, excitando al egoísmo
satisfechos nos deja y nos seduce,
pero ella comúnmente nos conduce
con sus falsos mirajes al abismo,
y quien busca a su impulso la ventura
tan sólo la desdicha se procura.*

XLVIII

La luciérnaga y la mariposa

La mariposa de alas de oro
a la luciérnaga encontró,
y con orgullo al contemplarla
muy engreída así le habló:

—Ostento al día mis colores,
yo me parezco a una flor,
todos me miran fascinados
y a todos llamo la atención.

Y replicóle la luciérnaga:
—Yo bien humilde en cambio soy,
pero en las noches la floresta
ánimase con mi esplendor.

*Los que ostentando su riqueza
quieren causar admiración,
es menester que reconozcan
que nada al genio es superior.*

XLIX

Los chimangos

En busca de alimento iba un chimango
asaz decepcionado, con los ojos
clavados sin embargo en la campiña
por ver si algo encontraba. En un rastrojo
divisó abandonada una piltrafa
y a devorársela bajó de pronto.
Pero observándolo sus camaradas
que merodeaban por allí, de robo
calificaron el hallazgo y luego
lo atropellaron rudamente todos,
y sin otro argumento, la piltrafa,
repartiéronsela con alborozo.

*En las luchas humanas
se procede también del mismo modo:
predomina el más fuerte sobre el débil
y sanciones de ley tiene el despojo.*

L

El libro y la espada

Cubierto por el polvo, en un estante
un libro interesante
olvidado del hombre, descansaba;
muchos hechos notables refería
y de ellos extraía
principios y doctrinas que sentaba.

Los que en aquellas páginas bebieron
con fervor, adquirieron
un concepto real de la existencia,
y siguiendo la ruta del destino
hallaron su camino
despejado de errores con frecuencia.

Señalaba aquel libro, de la vida
la senda más florida
sin caer en quimérico optimismo,
y se indicaba en él que desde abajo
con constancia y trabajo
se triunfa si se basta uno a sí mismo.

Muy cerca del estante había colgada
una brillante espada
luciendo hermosa empuñadura de oro,
y en el escudo de armas, cien medallas

recordando batallas,
se guardaban allí como un tesoro.
Desengachándose con aire rudo
la espada del escudo,
muy resuelta hacia el libro se encamina,
y con aire severo y gentil brío
le dice: —Amigo mío,
mi poder en el mundo predomina.

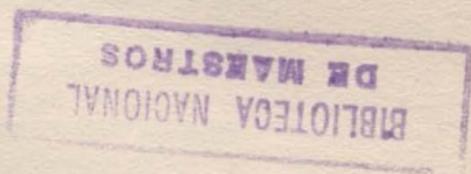
A los pueblos impóngoles mis leyes
y coloco a los reyes
el cetro que les da sus esplendores;
rige mi voluntad como la enseña
que todo lo domeña,
y el hombre se somete a mis rigores.
Descansa tú en el tranquilo sueño
del olvido; mi empeño
mayor ahora es conquistar la gloria;
voy nuevamente a sujetarme a un cinto
y el puño en sangre tinto
va a escribir una página en la historia.

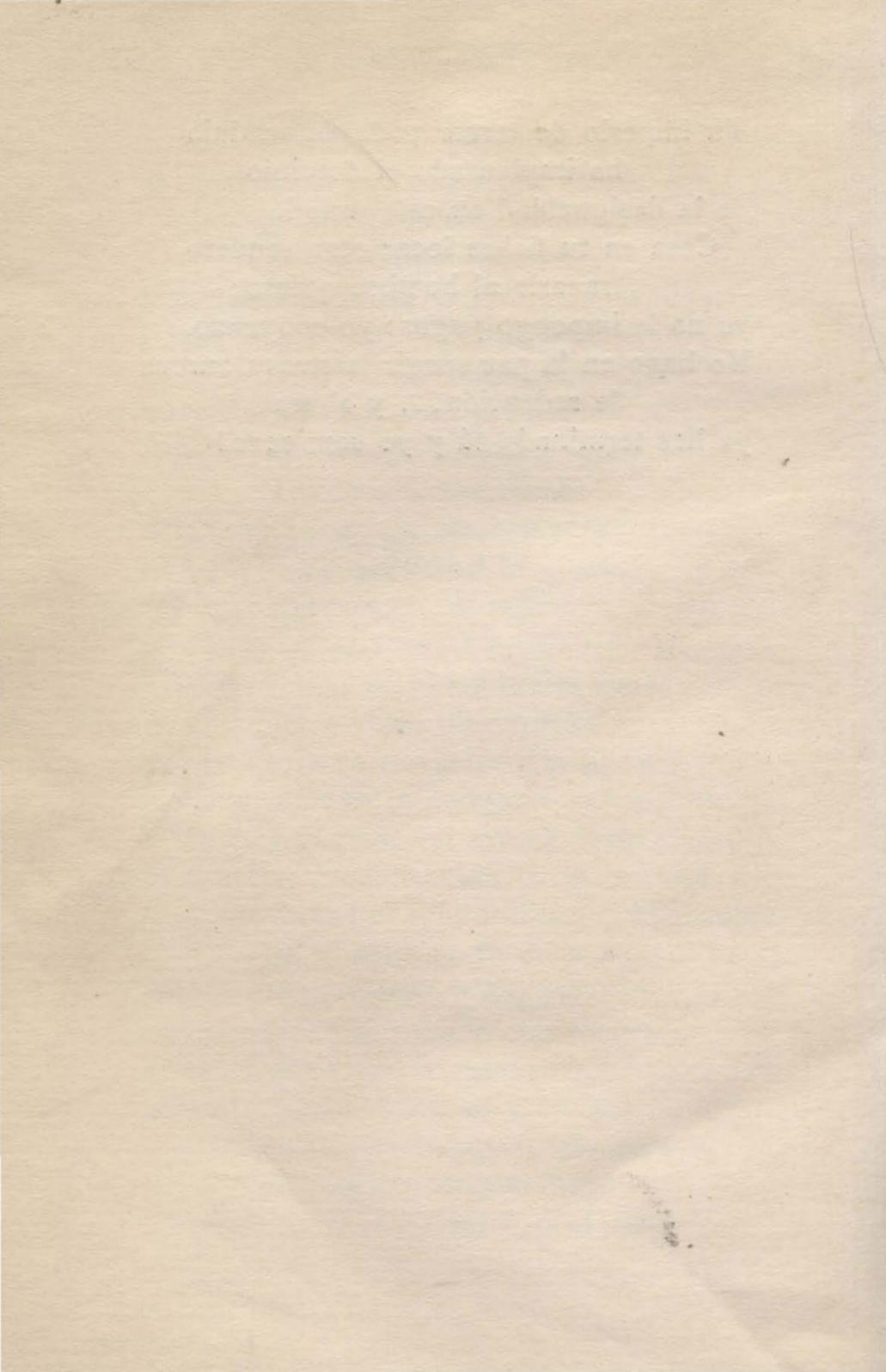
—¡Basta ya! — dijo el libro—; la zozobra
de la pena es tu obra
cual si fuera tu sino el del maldito;
vas arrojando al mundo con locura
del dolor la amargura,
cifrando tu ambición en el delito.

A través de los tiempos, con espanto
sólo sembrastes el llanto
sobre la tierra en tu furor profundo.

Tu imperio de terror y de exterminio
ha implantado el dominio
de la desigualdad en este mundo.

Cesa en tu fiebre loca; otro sendero
trazarle al hombre quiero;
yo no le impongo yugos: yo convengo.
Yo hago en la paz surgir la nueva aurora
de redención... y ahora
ya has terminado tú y yo comienzo!





INDICE

	<u>Páginas</u>
I.—El perro viejo y la luna.....	5
II.—El leñatero y el gato.....	7
III.—La muela del juicio.....	9
IV.—El caburé y su cohorte.....	10
V.—La conciencia del ñandú rengo.....	11
VI.—El bacilo y su caldo.....	13
VII.—La luna y el sol.....	15
VIII.—El burro periodista.....	16
IX.—Juancito y los zorros.....	17
X.—El loro y el zorzal.....	19
XI.—La decepción del zorrino.....	21
XII.—La momia y el grano.....	22
XIII.—La araña y el mosquito.....	23
XIV.—El potro desbocado.....	26
XV.—El carpíncho, el zorro y los perros.....	28
XVI.—La babosa.....	29
XVII.—La olla y el caldero.....	30
XVIII.—El alacrán y el cóndor.....	31
XIX.—El jilguero y el escarabajo.....	32
XX.—El grillo y la cucaracha.....	33
XXI.—La calandria y el reptil.....	35
XXII.—La sariga y los cachorros.....	37
XXIII.—El mamboretá y la hormiga.....	38
XXIV.—El labrador y la vizcacha.....	40
XXV.—El mataco y los galgos.....	42
XXVI.—La mosca y la langosta.....	44
XXVII.—El zorro y la tórtola.....	47
XXVIII.—El arriero y la vaca empantanada.....	49
XXIX.—El carancho y el cordero.....	51

	<u>Páginas</u>
XXX.—El gorrión y la oruga.....	53
XXXI.—La garza mora y el profesor.....	55
XXXII.—La palmera y la liana.....	58
XXXIII.—Los dos vasos de agua.....	59
XXXIV.—El cuzco y el terranova.....	61
XXXV.—El ciervo y el caugrejal.....	63
XXXVI.—El genio y la perseverancia.....	65
XXXVII.—El guanaco y el buey.....	67
XXXVIII.—El hornero y el tordo.....	70
XXXIX.—El cañón y el arado.....	72
XL.—El bicho taladro y el almendro.....	77
XLI.—La pared y la mancha.....	78
XLII.—La voz del puente.....	79
XLIII.—La corteza herida.....	81
XLIV.—El chajá y el toro.....	82
XLV.—El cóndor joven y el lechuzón.....	84
XLVI.—El mirasol y las gallaretas.....	86
XLVII.—El mosquito imprudente.....	89
XLVIII.—La luciérnada y la mariposa.....	91
XLIX.—Los chimangos.....	92
L.—El libro y la espada.....	93

